

La Metáfora

*Antonio Vale**

1. El Origen de los espejos

Oficios Separados

En una insuperable historia de Venezuela se asienta el siguiente párrafo: “Hasta aquí el relato de Colón es ameno y emocionante como un cuento de aventuras” (Pardo; 1988: 23). El repentino cambio de perspectiva del Almirante separa violentamente el mundo de lo vivido de la más antigua especulación religiosa: la del Paraíso terrenal. La Historia y la Literatura se excluyen en este punto. En efecto, bien puede el historiador prescindir de los delirios del Almirante y mantenerse a salvo de cualquier especulación literaria. Pero en el caso del crítico de arte –ora porque su campo es la literatura como reflexión teórica o porque proyecta simplemente una historia sobre las corrientes literarias en su trabajo- la separación, vista desde el ángulo puramente ficcional, constituye una revelación estética: ofrece no el momento fáctico de la llegada, sino el pensamiento y el imaginario de quienes arriban a las costas venezolanas en 1498. Para determinar su curso es importante comparar las dos visiones más emblemáticas relacionando la carta de Colón a los reyes de 1498 con la historia de las Indias de Bartolomé de las Casas. Como en una novela moderna el contenido de ambos textos sólo puede abordarse si lo leemos bajo la perspectiva del palimpsesto.

Desde la carta de Colón el mundo es ante todo un referente sin nombre. Una a una aparecen las cosas como en un retablo de maravillas, como en un acto que es necesario reconocer por sus nombres para continuar la empresa

*Profesor Titular de Historia, en la Universidad de Los Andes.NURR-Trujillo-Venezuela

conquistadora y no volverse a perder; pero es también un acto divino, cosmogónico, similar al de la palabra de Dios en el *Génesis*. **Y Colón dijo**, podría afirmarse sin ningún ánimo copista para justificar la visión de la Crónica. Entonces la mezcla se hará presencia y ausencia, lejanía y tropiezo, palabra traída y voz que nace de la tierra nueva. Trinidad es el nombre santo bajo cuyo amparo parte el Almirante: “Partí en nombre de la Santísima Trinidad, miércoles 30 de mayo, de la Villa de San Lúcar. . .” (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia [BANH]; 1962: 6). Pero es Trinidad también el lugar primero que ven sus ojos en medio de aquellos mares. ¿Coincidencia, verdad o invención del atrevido viajero? Sea cual fuere el motivo todo indica que en el desencuentro entre los dos mundos, en el caso específico de Venezuela, hubo ciertos momentos donde las palabras (*Trinidad* o *Paria* pueden ser los mejores ejemplos) libraron férreamente una batalla mucho antes de que lo hicieran los mismos hombres.

Al prescindir de las alabanzas a los reyes y de las proezas de otros reinos cuyos gobernantes se hicieron famosos por el apoyo irrestricto que le otorgaron a otros viajeros (Salomón, que envió a ver el monte Sopora; Alejandro, que envió a ver el regimiento de Trapobanda en la India; Nero César, que envió a ver las fuentes del Nilo) la aventura de Colón se reduce a una travesía. Supone el reconocimiento de una costa que él considera *tierra ilimitada* por la misteriosa mezcla de sus aguas dulces y saladas, que se enconan para ofrecer de nuevo el signo que las señala. *Galea, Arenal, Aguja, Dragos* son los nombres a los que acude. Sabemos que ya antes ha jugado en Cabo Verde con las marcas que otros utilizaron, aunque corrigiendo la paradoja y afirmando abiertamente que esas islas responden a un nombre falso: “... porque son tan secas que no vi cosa verde en ellas... ([BANH]; Idem). Ahora, en la Tierra de Gracia, en Jardines o en el Paraíso terrenal Colón jugará en positivo con las marcas que trae de España. La comparación es el comienzo mismo de la dominación verbal impuesta por su modelo. El mundo visto no es otra cosa que la similitud desplegada del otro mundo que ya conocen sus sentidos: “El día siguiente vino de hacia Oriente una grande canoa con 24 hombres, todos mancebos e muy ataviados de armas, arcos y flechas y tablachinas, y ellos, como dije, todos mancebos, de buena disposición y no negros, salvo más blancos que otros que haya visto en las Indias, y de muy lindos gestos, y fermosos cuerpos, y los cabellos largos y llanos, cortados a la guisa de Castilla... ([BANH]; Ob.Cit: 8) (SN). Colón -y con él casi todos los

exploradores que le suceden- viene atiborrado de espejos aunque no sólo para rescatar perlas, porque les da otro uso, como si en el discurso y en las cosas hubiera que repetir la nomenclatura de Sevilla o de Cádiz. Después vendrán el evangelio, las bulas, las capitulaciones y otros arreglos, y vendrán en un intento de acoplamiento junto a los sonidos llamados *bárbaros*, los de la comunicación obligada: *canoa, piache, yuca y hamaca*. Son los recursos mezclados de una guerra en el plano de lo nominal. Allí donde el modelo insiste y la copia modifica el espejo para otorgarle ciudadanía y mestizaje a la batalla campal.

El visitante español trae como modelo a España, descubre una imagen nueva en América (y de qué manera en el caso de Venezuela) y luego mezcla obligatoriamente los dos espacios en la palabra. Los rostros y los espejos se confunden en una síntesis que no será sino lo que somos: sincretismo y combinación. Nada más quedará por verse, en el plano mismo de la escritura, cómo los primeros cronistas que dan cuenta de Venezuela proyectan luego sus interpretaciones y sus angustias. En ese sentido la carta de Colón es otro mapa (escrito, no dibujado) por el que viaja Las Casas cuando se refiere a los asuntos más recurrentes del Almirante. Resumiendo: el modelo es España, el espejo la lengua y Venezuela su lámpara. O al menos la porción de América que corresponde al Paraíso terrenal y sus alrededores.

Colón y el Eco Lascasiano

Colón alude a la *Sacra Escripura* repitiendo lo que se afirma en ella sobre el Paraíso terrenal. Para dar cuenta de ese lugar (que según su visión no es montaña sino teta de mujer) niega en principio toda posibilidad teórica: “Yo no hallo ni jamás he hallado escritura de latinos ni de griegos que certificadamente diga el sitio en este mundo del Paraíso terrenal” ([BANH]; Ob.Cit:18). Comparte con teólogos y sabios la ubicación genérica de Oriente, pero necesita precisiones, las necesita y ofrece el singular argumento de las aguas que se mezclan en Paria, además de la temperancia y otras maravillas de la región. ¿No está aquí, en esta especulación, el comienzo involuntario de la literatura venezolana? De ser afirmativa la respuesta su consecuencia inmediata es una sola, a saber, que por el delirio y la fantasía de la pluma más antigua que conocemos en relación con nosotros, la ficción en Venezuela es un producto histórico del tópico religioso. Las razones de ese fenómeno nos remiten necesariamente a Las Casas, porque es él

quien interpreta, rescribe y comenta los asombros del almirante anexándole argumentos y derivaciones de su propio peculio.

En el libro primero de la *Historia de las Indias*, que es un compendio dedicado exclusivamente a Colón y sus viajes, Las Casas traza el destino de su protagonista mediante las siguientes palabras, tan elocuentes como premonitorias: “Escogió el divino y sumo Maestro entre los hijos de Adán que en estos tiempos había en la tierra, aquel ilustre y grande Colón, conviene a saber de nombre y de obra poblador primero, para de su virtud, ingenio, industria, trabajos, saber y prudencia confiar una de las más egregias divinas hazañas que por el siglo presente quiso en su mundo hacer” (Biblioteca Ayacucho; 1986:25). Sin duda que el atributo providencial que Las Casas le otorga al Almirante no tiene discusiones, incluso en lo que se refiere a su nombre, pues a renglón seguido revela lo que no puede ser simple coincidencia: “Llámase, pues, por nombre, Cristóbal, conviene a saber *Christtum ferens*, que quiere decir traedor o llevador de Cristo” (Biblioteca Ayacucho; Ob. cit :26). La carta de presentación no es transferible a otro viajero porque Colón trae consigo el Viejo y Nuevo testamento juntos, y además porque lo hace a propósito de una empresa que sólo él debe llevar a cabo por mandato divino.

Sería sin embargo exageradamente abundante detallar las oportunidades en las que se manifiesta el hallazgo. Primero y segundo viaje, cuyos datos sobre la materia no son otra cosa que una evolución de la fantasía paradisíaca, vistos por Colón o comentados por Las Casas, constituyen una verdadera premisa. Cuando el viajero habla de Cuba no puede dejar de maravillarse por el número de islas y por su altura, y de las cuales dice que son las mismas “que en los mapamundos en fin de Oriente se ponen” (Biblioteca Ayacucho; Ob. cit :243). El animismo natural interviene cuando en una boca portuaria halla dos maderos muy grandes, “uno más largo que otro, y el uno sobre el otro hechos cruz, los cuales, según dice, no los pudiera poner mejor proporcionados un carpintero...” (Biblioteca Ayacucho; Ob. cit :243-244) Las palabras no le son suficientes, tampoco la escritura, y por ello es que la fantasía continúa su curso complementándose con el asombro: “E iba diciendo a la gente que llevaba en su compañía, que para de todo aquello que veían hacer relación a los Reyes, no bastaran mil lenguas a referirlo, ni sus manos a lo escribir, y que no le parecía sino que estaba encantado”.

(Biblioteca Ayacucho; Ob. cit :249). El 15 de diciembre del mismo primer viaje, en la isla de la Tortuga, la mirada de Colón se hace todavía más transparente para la futura constatación del hecho. Por azar de los vientos remonta uno de los ríos contemplando asombrado la desnuda evidencia de la naturaleza, la misma que, más tarde, ya en su tercer viaje por las que hoy son tierras venezolanas, no tendrá reparos en definir como edénica. La evolución del Paraíso está casi madura en la Tortuga pues Colón ha visto algunas casas y un valle grande, “donde estaban las poblaciones, de que quedó admirado, diciendo que no había visto cosa más hermosa en su vida, por lo cual le puso el valle del Paraíso”. (Biblioteca Ayacucho; Ob. cit :267). Palabras del Almirante que son luego reforzadas por su intérprete Las Casas, quien no deja de intervenir con su propia mirada para confirmar el portento: “Y puesto que por todas partes esta isla es un Paraíso terrenal, pero por esta de la Tortuga es cosa no creíble la hermosura suya, junto a la cual yo viví algunos años” (Biblioteca Ayacucho; Ob. cit :269).

En el segundo viaje ocurren los mismos encantamientos. Al salir del puerto de la Navidad con rumbo a *su* Cipango, Colón insiste en el mito del paraíso: “...desde septiembre hasta mayo, es su vivienda como de paraíso...” (Biblioteca Ayacucho; Ob. cit :385).

Para corroborar ese encantamiento y además anexándole otras variantes que no pueden responder sino a propósitos de imaginación literaria, Las Casas presta atención a ciertas versiones que hablan de *muchas voces temerosas de horrible espanto*, y de hombres extraños, de seres cuya facultad principal es precisamente llevar a cabo las acciones más inverosímiles y estrambóticas. Le basta al sacerdote especular sobre las muertes de cristianos que ha encontrado Colón en este viaje segundo. “Díjose también públicamente –reafirma Las Casas en un texto innecesario para la Historia, aunque cargado involuntariamente de literatura fantástica- y entre la gente común al menos se platicaba y afirmaba, que una vez, yendo de día un hombre o dos por entre aquellos edificios de la Isabela, en una calle, aparecieron dos rengleras, a manera de dos coros de hombres, que parecían todos como gente noble y del Palacio, bien vestidos, ceñidas sus espaldas y rebozados con tocas de camino, de las que entonces en España se usaban. Y estando admirados aquel o aquellos a quien esta visión parecía cómo habían venido allí a aportar gente tan nueva y ataviada, sin haberse sabido de esta

isla dellos nada, saludándolos y preguntándolos cuándo y de dónde venían, respondieron callando, solamente, echando mano a los sombreros para los resaludar, quitaron juntamente con los sombreros las cabezas de sus cuerpos, quedando descabezados, y luego desaparecieron. De la cual visión y turbación quedaron los que los vieron casi muertos y por muchos días penados y asombrados” (Biblioteca Ayacucho; ob. cit.: 394) Obra de la misma especulación resulta el encuentro de Colón con Jamaica, pues “Desque la vio, dice el Almirante, que le pareció la más hermosa y graciosa de cuantas hasta entonces había descubierto...”. (Biblioteca Ayacucho; ob. cit : 401).

El asunto es obvio y tiene sus consecuencias estéticas. Una, la que afirmamos al principio sobre el origen de nuestra literatura, cuyo tópico es religioso, y dos la que supone una evolución del tema en el contexto de los viajes primero y segundo, como si la creencia en el Paraíso, igual que la travesía colombina, avanzara poco a poco hasta llegar al viaje tercero: en Paria, donde Colón y el eco de Las Casas pueden ya especular con toda libertad sobre la materia.

Paria y el Discurso del Paraíso

Las Casas no escatima esfuerzos para justificar el debate sobre el Paraíso terrenal. Viajero metafórico de las embarcaciones, intérprete y a menudo copista, ha decidido tomarle la palabra al viajero real. Sí, Colón es quien lo estimula, pero es Las Casas quien se explaya en razonamientos convirtiendo deliberadamente su discurso en un cuerpo separado del relato, ingresando (dicho sea como beneficio literario y no como biografía colombina o como simple crónica de viajeros) en un mudo alucinante en el que la LITERATURA aparece como recurso. Son siete capítulos, veinticinco páginas, más de veinte latinismos y una montaña de fuentes. ¿Por qué consumir tanto espacio sobre un tema como el Paraíso terrenal? La respuesta podría enervar las preocupaciones de la Historia, aunque es allí, en ese farragoso mundo de digresiones y contrasentidos, donde la Literatura encuentra sus justificaciones y su problemática.

Al abordar el tema Las Casas separa minuciosamente las cosas: “... la una, lo que por los autores de altura del Paraíso terrenal se dice; la otra, en qué sitio, región o parte de la tierra está, o si en isla o tierra firme; la tercera, de la

grandeza o tamaño y capacidad dél; la cuarta, de las cualidades (algunas, empero) que al propósito hacen, tenía y hoy tiene” (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia [BAHN]1962: 116). Al intentar responder a la primera de ellas, después de nombrar a Damasceno, Strabo, al Maestro de la Historias y al Maestro de las Sentencias, Las Casas concluye con las siguientes palabras: “Muchas sentencias y diversas nacieron de la altura del Paraíso; pero la verdadera es, que pues la Sagrada Escritura no explica cuánta sea, ninguno puede naturalmente definirla, y por esto lo que se ha de tener es que tanta es su altura, cuanta convenía a la buena y salubre vivienda de los hombres en el Paraíso...”(BAHN]; idem.) SN. Luego vienen otras reflexiones, nuevos autores y nuevas referencias que dan cuenta de la altura del Paraíso. Por la palabra divina, la de la Santa Escritura, sabemos ya que nadie puede medirlo; pero no, Las Casas insiste, explora otros argumentos para reforzar finalmente su tautología fantasiosa: a saber, que no se puede medir la altura de un lugar cuya altura no existe.

Más asombrosa resulta la segunda de las reflexiones, la que tiene que ver con la región donde se asienta el Paraíso terrenal. Olvidemos lo de la altura de un lugar que no tiene altura y convengamos por un momento que ese mismo lugar puede ser ubicado en alguna parte. (¿Será posible un lugar así?). Las Casas no le da tregua a la imaginación en ese sentido porque la ubicación del Paraíso está vedada para los mortales: “... nadie de los que vivimos y vivieron antes de nos, mientras vivan, ni lo sabemos ni lo supieron, si no fuesen aquellos a quien la divina voluntad quiso revelarlo, porque la escritura divina no lo declara” ([BAHN]; ob. cit: 119) SN. A renglón seguido recauda muy detalladamente las fuentes y los autores: el *Génesis*, las *Etimologías* de Sant Isidoro, Strabo, Josefo, Santo Tomás, Hesíodo, Plinio y otros autores que estimulan con argumentos diferentes, siempre dependiendo de sus propias averiguaciones, la idea de que sí hay un lugar en la tierra donde puede ubicarse el Paraíso. ¿Oriente u Occidente? Si es el primero todo se debe a que allí comienza el movimiento del cielo; si por el contrario es el segundo sus defensores alegan que el Paraíso está en la islas Canarias, también llamadas Bienaventuradas. ¿Debajo de la línea equinoccial? Pues entonces será la temperancia la que prive. Puede ser Paria, pero no, Las Casas vuelve sobre sus fuentes para lanzarnos hasta las cercanías del Nilo. Heródoto lo empuja por la vía de la historia hacia la Mesa del Sol (Arim o la ciudad de los filósofos como se la ha llamado también) adonde llegan los embajadores de Cambises a apoderarse vanamente de Etiopía.

Resultan divertidos los argumentos que emplea para seguir con sus exposiciones, en particular los que se pronuncian a favor de la línea equinoccial, pues al hacerlo, provoca una verdadera guerra de posiciones entre los autores. A los que dicen que es en esta línea equinoccial donde está el Paraíso, en la equinoccial de Oriente y no de Occidente, les otorga de entrada la palabra divina: "... cierto es que el río Nilo es Gión, uno de los cuatro que salen del Paraíso, pues vemos que este río aparece y mana teniendo sus principios y fuentes de la Etiopía, cerca de la línea equinoccial, el cual cerca toda la tierra de Etiopía, como dice la Escritura" [BAHN]; ob cit. : 126). O sea que por los alrededores de Etiopía era que Adán y Eva se paseaban. Pero ese lugar no soporta mucho, aunque provenga de la autoridad de Santo Tomás y de sus *Sentencias*, pues Las Casas, inmediatamente, pone en entredicho su certeza apelando a motivos hidrográficos. El texto completo es una pieza de imaginación literaria, no deliberada pero definitivamente implícita:

Y aunque la razón postrera parece que arguye con alguna sospecha que por allí estará el Paraíso -Las Casas se refiere a la línea equinoccial situada al Oriente-, por aparecer el Nilo cerca de la equinoccial, pero no es muy eficaz; la razón es porque muchos ríos hay e fuentes que nacen en unas tierras y islas, y vienen a tornar a nacer a otras, aunque ellas estén muy apartadas, y entre ellas haya mucha distancia de tierra o de mar, porque si la distancia es de tierra, puede venir e de hecho viene el agua por venas y soterráneos ocultos de la tierra, y en unas tierras aparecen y en otras se sumen y corren sin verse ni sentirse, y en otras parece que de nuevo nacen, como si allí fuese su primer origen; y si la distancia también es de mar, lo mismo acaece, porque viene, o por los caminos soterráneos de la tierra que están debajo de la mar, o por encima de la misma agua salada, porque el agua dulce anda siempre por encima de la salada, por ser más liviana, y va su camino, y si algo toma de lo salobre, después, pasando, por las venas de la tierra, se torna a endulzorar ([BAHN]; idem).

Que Las Casas argumente su explicación basándose en el curso de los ríos y que además establezca por adelantado lo convencional que son sus

nacimientos en la realidad, no es motivo alguno para el asombro. Presumimos sí una exageración en el ejemplo utilizado, el del río Alpheo, y cuya trayectoria se convierte para las Casas en el modelo estratégico a seguir. Pero sea o no cierto ese curso (desde los mares Jonio y Egeo hasta Aretusa en Cecilia) lo que interesa son las fuentes empleadas por el autor de la *Historia de Indias*. Virgilio, Ovidio, Strabo y Séneca se combinan en una especulación fascinante que tiene un doble propósito: dar por cierto el fenómeno y usarlo para dos ríos emblemáticos: el Éufrates y el Tigris. Así se manifiesta el autor en el segundo de esos propósitos: “Lo mismo y más eficazmente se prueba por los ríos Tigris y Eúphrates que salen del Paraíso terrenal, los cuales no se nos manifiestan luego como salen, antes, por debajo de tierra y mar, con luengo discurso, y no salen hasta la región de Armenia, donde ambos juntos se muestran por una fuente, como si allí fuese su primer principio, y de allí luego se dividen, y el Tigris va más al Oriente, hacia los Asirios, y Eúphrates a los Caldeos...” ([BAHN]; ob. cit: 127). Por supuesto que el Nilo no escapará a las características del modelo (el Alpheo) ni a las que muestran sus hermanos en los confines del Paraíso terrenal (el Eufrates y el Tigris). Como ellos, él también sufrirá los embates de la duda, pues aunque sea en tierra o en mar su nacimiento, “... ni se ha podido saber ni se puede saber, si Dios, que lo asentó en su lugar, no lo revela” ([BAHN]; idem). Nuevamente la contradicción, el hecho puramente literario de que además de la ausencia del tamaño (todo ello pese a los recursos utilizados para probar lo que siempre será improbable) el Paraíso terrenal no tiene concordancia con el espacio material de los hombres, puesto que la Escritura, la palabra de Dios, no ha develado el misterioso asiento en que se encuentra sobre la tierra. Por lo pronto hay que subrayar la segunda tautología del propósito. A saber, que la ubicación del Paraíso puede estar en cualquier parte de la tierra y al mismo tiempo en ninguna.

Sobre la grandeza, el tamaño y la capacidad del Paraíso persisten las incertidumbres. Que era un lugar muy grande, ameno y fresco es lo que recoge Las Casas, junto a sus cualidades naturales, puesto que el Paraíso es una hechura divina y perfecta. “Allí todos los sentidos se deleitaban; los ojos, [con la admirable claridad y en ver] la hermosura de los árboles y las frutas y otras cosas; los oídos, del cantar y la música de las aves; el sentido del oler, con los aromáticos y diversos y suaves olores, y así los demás, todos juntos, con la templanza y suavidad del aire y amenidad del lugar y templatísima concordia de los tiempos, donde concurrían

la frescura del aire, los alimentos del verano, la alegría del otoño, la quietud de la primavera, la tierra gruesa y fructífera, las aguas delgadas y en gran manera dulces y apacibles” ([BAHN] ob cit: 135). Pero también sobre el primer aspecto la duda vuelve a imponerse, pese a las versiones de sabios y santos, ya que “... ninguna cosa de las dichas tiene certidumbre, como quiera que la divina Escritura desto no haga mención alguna...” ([BAHN]; ob cit: 133). Es de hacer notar por eso que lo único que queda en pie no es precisamente la altura, el lugar o la capacidad del Paraíso, sino sus cualidades naturales, es decir lo que está a la vista de todos por obra del encuentro y no por el mandato infalible de la Escritura. Involuntariamente el cronista hace Literatura, porque no otra cosa es la percepción de los hombres sobre su entorno (no importa si los motivos son harto religiosos) con el deliberado propósito de convertir la especulación en asombro. ¿Estaría equivocado el Almirante cuando señaló a Paria como el lugar posible del Paraíso terrenal? Las Casas dice que ni tanto, que por allí iba el asunto, particularmente cuando la muy sagrada Escritura (y esto lo agregamos nosotros) continúa aferrada a su tesis de que los primeros padres de la Humanidad, Adán y Eva, habitaron como nosotros en la Tierra. Bueno, en un lugar sin altura ni capacidad reconocidos por el texto sagrado, que es como decir en el espacio de lo que no existe, en la Literatura pura y en el reino de las especulaciones asombrosas que le otorgan sentido evolutivo a nuestras letras nacionales.

Referencias Bibliográficas

Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.1962. **Cristóbal Colón: Carta de los Reyes Católicos 1498**. Vol.54. Tomo I. Caracas: Talleres Italgráfica. S.R.L.

Biblioteca Ayacucho.1986. **Bartolomé de las Casas: Historia de las Indias**. Vol. 108. Caracas: Talleres Italgráfica. S.R.L.

Pardo Isaac. 1988. **Esta Tierra de Gracia**. Caracas: Monte Ávila Editores.